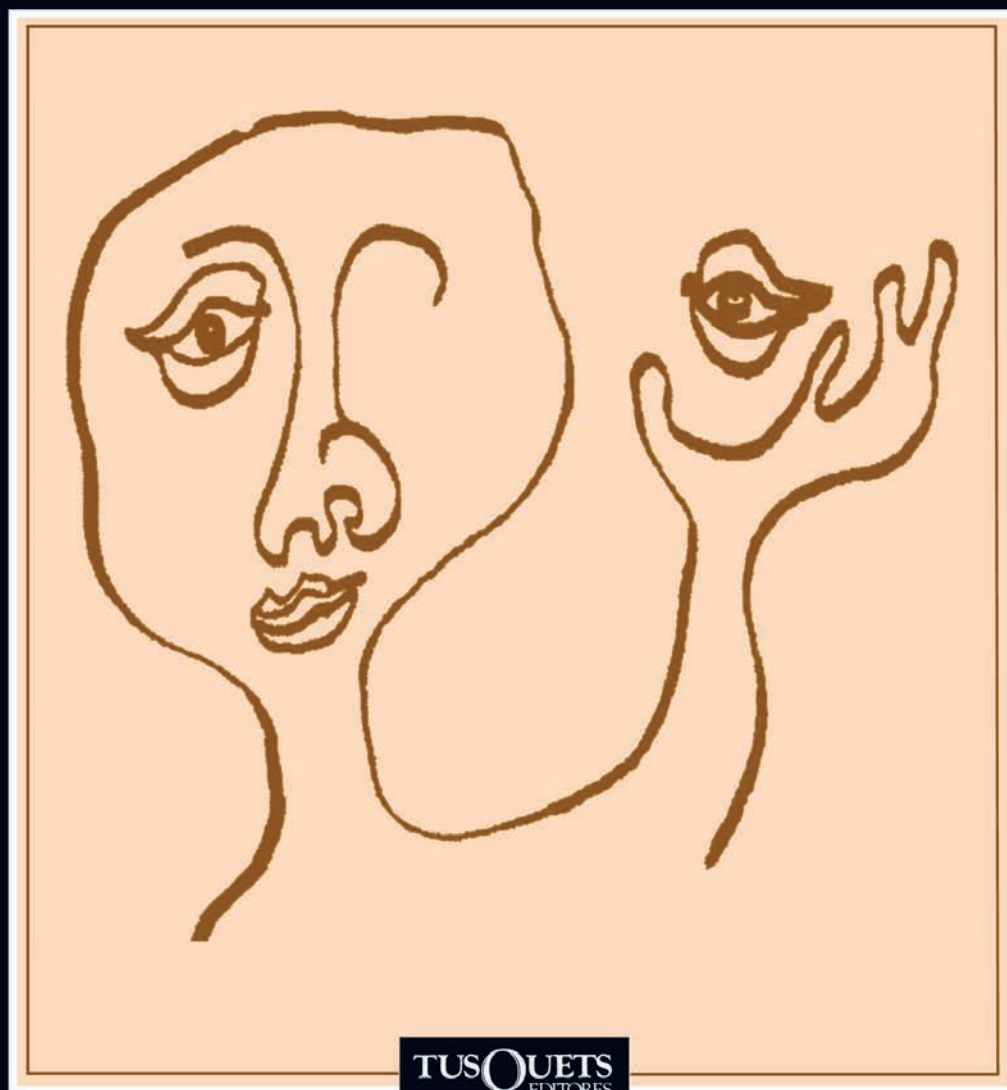


Milan Kundera

LA FIESTA
DE LA INSIGNIFICANCIA

colección andanzas



Elogio de lo insignificante

Algunas palabras sobre *La fiesta de la insignificancia*, última entrega del checo Milan Kundera. Una novela en la que lo cotidiano cobra trascendencia.

Escribe: David Navarrete
Docente de Humanidades

En su última novela, *La fiesta de la insignificancia*, el escritor checo Milan Kundera -a través de Ramón, uno de sus personajes- menciona, a modo de sentencia, una lacerante frase: “La insignificancia es la esencia de la existencia”. Esta suerte de adagio cobra trascendencia en esta historia pues marca, como un estigma, la vida de cuatro amigos que, luego de haber transitado por el sinuoso camino de la vida, ven que las cosas pequeñas, rutinarias y diarias son aquellas manifestaciones que llenan nuestra existencia. Al final de esta seria y cómica novela, Alain, Ramón, Charles y “Calibán” se darán cuenta de que la insignificancia está en todos los instantes vividos; por eso, debemos aprender a amarla y apreciar su belleza.

La definición de “insignificancia”, dada subrepticamente por Kundera, no está relacionada con pequeñez, inutilidad o insuficiencia, como suele definirse convencionalmente. Lo insignificante es todo aquello que acompaña y rodea al hombre; las circunstancias que se presentan diáfananamente en nuestra relación con los demás. En este sentido, es necesario entender que el ser humano, por su naturaleza ontológica, suele buscar momentos relevantes que lo hagan trascender y, en ese afán, olvida vivir plenamente y con intensidad esos otros momentos, quizá rutinarios y monótonos; pero que, después de todo, son los que se dan en gran parte en nuestro efímero paso por el mundo.

Un querido amigo mío me comentaba que nunca se iba a cansar de dar besos a su dilecto hijo. Esta manifestación de cariño se repite todos los días y no tiene nada diferente o trascendente a otros momentos vividos por similares protagonistas; sin embargo -comentó mi longevo compañero- el hecho de saber que algún día ya no lo podrá hacer, hace que disfrute, todos los días, de ese sagrado saludo. Sobre esto, recuerdo la novela de Simone de Beauvoir *Todos los hombres son mortales*. En esta historia, su autora noveliza una de las aspiraciones más anheladas por la humanidad: la inmortalidad. Raymundo Fosca, el protagonista, es el hombre que nace en el siglo XIII y que está “condenado” a vivir por siempre. Este héroe existencial necesita morir, pues es consciente de que solo la mortalidad le va a permitir apreciar, valorar y recordar intensamen-

te cada momento. En un inmortal, los instantes son fútiles y banales porque se volverán a repetir sin descanso. Simone de Beauvoir condena a su personaje a la eternidad; lo castiga con la repetición de instantes que deberían no serlos. La inmortalidad de Raymundo Fosca es su condena, pues esta no le permite sentir la importancia de la insignificancia.

En el cine también se han resaltado aquellos momentos insignificantes que llenan la vida del hombre. Directores como Fellini, Visconti, Scolla, De Sica o Tornatore usan magistralmente a la nostalgia y la melancolía como ejes temáticos que convergen en el día a día. En *Todos están bien*, Giuseppe Tornatore muestra a un padre ya mayor que busca a sus hijos por toda Italia. En ese peregrinaje, descubrirá que no todo era como él pensaba o le habían hecho pensar. Al final, el anciano personaje -interpretado por el genial actor Marcello Mastroianni- se dará cuenta de que debió haber vivido intensamente con sus hijos aquellos momentos llenos de insignificancia.

Para terminar esta reflexión acerca de lo insignificante, debo citar lo dicho por el escritor portugués José Saramago en *Las pequeñas memorias*: “*El niño que fui no vio el paisaje tal como el adulto en que se convirtió estaría tentado de imaginarlo desde la altura de hombre. El niño, durante el tiempo que lo fue, estaba simplemente en el paisaje, no lo interrogaba, no decía ni pensaba, ni se decía a sí mismo: Qué bello paisaje*”. Saramago hace este éxodo por los caminos recorridos y llega a una gran certeza: vivimos los momentos diarios sin darnos cuenta de lo importante que son. Solo con el tiempo llegamos a entenderlos, quererlos y a aferrarnos a ellos. En esta misma lógica, vale rescatar la experiencia del entrañable amigo Antonin Roquetin, el trágico héroe de la novela *La náusea* de Jean Paul Sartre. Este personaje, luego de pasar mucho tiempo de su existencia indagando sobre la vida del Marqués de Rollebon, se lamenta de haber perdido aquellos momentos efímeros e insignificantes que lo hubieran hecho más humano y feliz. Luego de esta divagación, Roquetin, melancólicamente, afirma que el Marqués de Robellon ha vivido por él.